

académico diferenciado y ambas cumplen funciones importantes en la economía global del conocimiento: siendo una la función de satisfacer las necesidades cada vez más sofisticadas de la economía además de impartir el conocimiento general para funcionar como ciudadanos efectivos y, la otra, la función de educar a los estudiantes más capaces para brindar tanto investigación básica como aplicada. Ambas son también absolutamente esenciales para una economía nacional exitosa.

Apoyar estos dos objetivos medulares constituye una necesidad para las décadas venideras. Sin embargo, existen señales en muchos países que indican que apoyar la “absorción de la demanda” masiva resulta una carga demasiado pesada para los gobiernos. Además, un creciente sector privado, a menudo con fines de lucro, tiende con frecuencia a llenar la brecha entregando una educación de menor calidad. A la vez, las universidades de investigación, caras y en su gran mayoría públicas, enfrentan alarmantes recortes presupuestarios. Un desafío crucial consiste en garantizar que los dos aspectos principales de la educación superior se apoyen apropiadamente. ■

---



---

## La Crisis de la Misión Pública en la Educación Superior

**JORGE BALÁN**

*Jorge Balán es investigador académico senior en la Universidad de Columbia. E-mail: jb3369@columbia.edu*

El principal desafío para la educación superior a nivel mundial radica en fortalecer y revitalizar su compromiso con la misión pública en respuesta a la disminución general en el financiamiento público por estudiante, la lógica, estrategias e instrumentos cambiantes que los gobiernos subsidian y que regulan la educación superior, además de lidiar con cambios en la demanda estudiantil y en la sociedad en general.

La propiedad y financiamiento estatal de las instituciones públicas a menudo se identifican erróneamente con la misión pública en los países en donde dichas instituciones gozan de considerable prestigio y autonomía además de influencia política en la formulación de las

políticas públicas. Los administradores, cuerpo docente y estudiantes a menudo son críticos de las indeseables consecuencias para la misión pública en educación superior debido a la rápida expansión del sector privado. Sin embargo, las instituciones públicas rara vez deben rendir cuentas por el cumplimiento de su propia misión pública. Por otro lado, las instituciones no estatales requieren de reconocimiento y legitimación por parte del Estado para funcionar, poder gozar de los derechos y privilegios otorgados por la autoridad pública y beneficiarse de subsidios directos e indirectos. La proliferación de nuevas instituciones impulsadas por el lucro y que responden a la demanda estudiantil, a menudo con apoyo público, ciertamente plantea un mayor desafío para garantizar la calidad en pos de los derechos de los estudiantes. Resulta necesario que todos los segmentos institucionales y el sistema de educación superior en su conjunto realicen una revisión de la misión pública.

La definición de una misión pública para la educación superior se encuentra sujeta a la política nacional y local, y con frecuencia se transforma en una temática muy contenciosa, exacerbada cuando disminuye el apoyo del gobierno. La creciente desigualdad del ingreso y la riqueza a nivel mundial ha enfatizado la tensión en torno a la justicia y la equidad en el acceso a la educación superior, lo cual es una dimensión importante de la misión pública. Está muy bien documentado que la masificación no ha logrado disminuir significativamente la brecha entre los grupos de ingresos en las naciones en donde el acceso masivo es un fenómeno reciente. En muchos países de ingreso medio, los gobiernos adjudican una cantidad desproporcionada de sus escasos recursos para apoyar a las instituciones públicas con costos más altos por estudiante. Esta estrategia a menudo se justifica en términos de la capacidad limitada del sector privado para la producción de investigación básica y en la formación avanzada. El cumplimiento de la misión pública exige una mayor transparencia en el uso de fondos públicos, para asegurar que no ocurra un goce desproporcionado de los beneficios por parte de estudiantes más acomodados y que la educación superior en todas sus funciones esté al servicio de la sociedad en general.

Existe también una dimensión universal de la misión pública de la educación superior que si bien trasciende el contexto nacional, regional y local, debe ser protegida y promovida por las instituciones y los gobiernos por igual. La producción de conocimiento, una pieza central de dicha dimensión, se lleva a cabo a escala global y atraviesa las fronteras políticas, lo cual es cada vez más frecuente gracias a la revolución tecnológica en las comunicaciones. Las

instituciones de educación superior son agentes cruciales en la producción global del conocimiento, a través de la investigación básica científica y humanística. Por lo tanto, estas instituciones deben rendir cuentas en base a un conjunto de normas y valores en evolución, que impulsan y regulan la producción de conocimiento y el carácter público y cada vez más colaborativo de dicha producción. Si bien la internacionalización se ha vuelto la palabra de moda entre las instituciones de educación superior, su dimensión de misión pública, es decir, la misión de salvaguardar y promover las relaciones cooperativas, recíprocas y respetuosas tanto en la producción del conocimiento como en su distribución transfronteriza debe ser reconocida en forma más explícita e implementada con mayor cuidado por parte de las instituciones y organismos públicos. ■

---



---

## La equidad continúa siendo el desafío más importante que enfrenta la educación superior a nivel mundial

**ROBERTA MALEE BASSETT**

*Roberta Malee Bassett es especialista Senior en educación superior, de la Práctica Global de Educación del Banco Mundial. E-mail: rbassett@worldbank.org*

**D**urante la mayor parte de las últimas dos décadas, la intersección entre tecnología y educación superior ha impulsado los titulares que hablan acerca del “futuro” de la educación superior. Ciertamente, desde la revolución industrial, la cultura popular ha equiparado la tecnología con el futuro. Sin embargo, la educación, a pesar de todas sus adaptaciones al mundo que la rodea, constituye un emprendimiento humano y por lo tanto el apoyo y fomento de la “humanidad” de la educación superior continuará perpetuamente representando el principal desafío para los actores de la educación superior.

¿En qué consiste la humanidad de la educación superior?: ¿Consistirá ésta, en los actores, incluyendo los futuros, actuales y antiguos estudiantes; las familias;

el personal académico y administrativo; los empleados; los formuladores de políticas? De hecho, la educación superior afecta las vidas de toda persona en nuestro planeta, mediante la investigación, la tecnología y la formación docente, entre otros. No obstante, la capacidad de aportar a la educación superior y beneficiarse de ella continúa restringida principalmente a la elite mundial. En consecuencia, el acceso equitativo a todos los beneficios de la educación superior seguirá siendo el único y más importante desafío que enfrenta la educación superior en el futuro previsible.

Apoyar la igualdad de oportunidades para obtener los beneficios proporcionados por la educación terciaria es importante desde el punto de vista económico y social, a la luz de la evidencia documentada sobre los beneficios tanto públicos como privados de obtener un título universitario. Los beneficios en el ámbito privado incluyen mejores resultados en salud, un mayor potencial de ingresos y una mejor satisfacción y expectativa de vida, mientras que los beneficios públicos y sociales incluyen una menor tasa de cesantía, una mayor recaudación de impuestos, una mayor participación cívica y voluntaria, junto con una menor dependencia de los servicios sociales. Más aún, la expansión del acceso a la educación superior a grupos pertenecientes a comunidades desfavorecidas extiende estos beneficios públicos a las comunidades más necesitadas de intervención asistencial.

No obstante, a pesar del mayor acceso a nivel mundial, la educación superior, especialmente la del sector universitario más prestigioso, por lo general sigue siendo inaccesible y la mayoría de los estudiantes matriculados en el mismo provienen de los segmentos más acomodados de la sociedad. Si bien, son relativamente pocos los países y establecimientos que recolectan datos en forma sistemática acerca del origen socioeconómico de los estudiantes, en los casos en países donde existen estadísticas nacionales y encuestas de hogares, el patrón de desigualdad es claro. En Chile, por ejemplo, la tasa de matrícula en educación superior para el quintil más rico es casi cuatro veces más alta que la del quintil más pobre. En Argentina, la tasa de matrícula de los más ricos es cinco veces más alta que la de los más pobres, mientras que en México, dicha tasa es 18 veces más alta que la de los más pobres. En los países de habla francesa en África subsahariana, los hijos del quintil más rico representan el 80 por ciento de la matrícula en educación superior, mientras que los hijos del 40 por ciento más pobre constituyen tan sólo el 2 por ciento de la población estudiantil.

Indudablemente, la matrícula se expande en grandes números por todo el mundo. Sin embargo, dicha